



JUNIO - 2025 - N°191



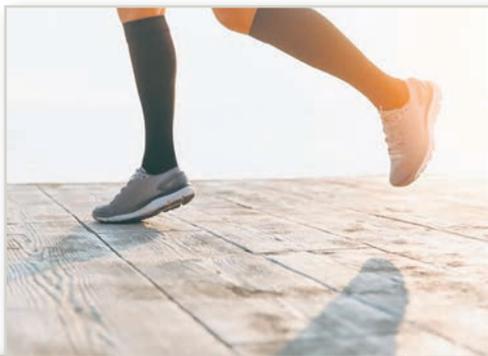
Adoradores

**Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.**



Más de un siglo de adoración ininterrumpida:

Las “hermanas de rosa” fueron concebidas para llegar con la oración donde la acción no podía: un siglo de adoración ininterrumpida y multitud de gracias obtenidas con sus plegarias dan muestra de su éxito. 16 a 18



¡El mejor de los servicios!

Debemos servir a Dios porque somos criaturas y bienes suyos, y porque la recompensa será magnífica. Pg 8 a 11



Un gran pedagogo de la Eucaristía:

Difundió entre los niños su profunda devoción y amor eucarístico. Pg 20 y 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscritas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán.



Dos corazones ¡tan cercanos y tan divinos!

El corazón del uno no vive ni respira más que por el del otro.

Jesús crece en María y es parte de ella y el Corazón de Jesús está íntimamente unido al Corazón de María. También María vive en Jesús que es su todo y el corazón de María está íntimamente unido al corazón de Jesús que le insufla la vida. Así que Jesús y María son uno, viviendo en la tierra. El corazón del uno no vive ni respira más que por el del otro.

Estos dos corazones, tan cercanos y tan divinos, viviendo una única vida tan alta ¿qué no harán el uno para el otro, el uno en el otro? Únicamente el amor lo puede imaginar

y, sólo el amor divino y celestial. Únicamente el amor de Jesús lo puede comprender... ¡Oh corazón de Jesús viviendo en María y por María, oh corazón de María viviendo en Jesús y para Jesús, oh unión deliciosa de estos dos corazones!

El corazón de la Virgen es el primer altar sobre el que Jesús ha ofrecido su corazón, su cuerpo, su espíritu en hostia agradable de alabanza perpetua, y donde Jesús ofrece el primer sacrificio y la primera y eterna oblación de sí mismo. (Cardenal Pierre de Bérulle/Adaptación)



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



ADORADORES

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augustísimo sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado

que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco por tu Santísimo Hijo Jesús. Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, perseverare en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine



El servicio de Dios

Continuamos con las reflexiones de san Pedro Julián Eymard.

Debemos servir a Dios porque somos criaturas y bienes suyos. Aunque nos da libertad, no es con ánimo de desprenderse de sus derechos sobre nosotros, ya que somos propiedad y pertenencia suya. Si intentamos recuperarnos por la desobediencia, que es verdadero robo de los bienes de Dios, negación de sus derechos y guerra que se le declara, Él no puede menos de declarar su derecho de posesión, cosa que, efectivamente, hace por el castigo; porque si dejase impune la rebeldía, dejaría de ser Dios.

Dios no hace nada sin un fin, y si nos da inteligencia, corazón y voluntad, es con objeto de capacitarnos para conocerle, amarle y servirle. ¡Cuánto nos honra este fin!

Un amor de condescendencia

El querer Dios hacernos capaces de amarle y dignarse aceptar nuestro amor constituyen la grandeza del alma cristiana y el testimonio más brillante de su infinita condescendencia. El inferior no puede en modo alguno aspirar a amar a quien está sobre él, pues el amor supone o causa igualdad y liga a las dos partes. Y ¿cómo podría Dios consentir en ser nuestro igual, si no fuese por su amor de condescendencia? Pero Dios lo quiere; condesciende a que le amemos, y por el hecho mismo queda ligado con nosotros. Y ciertamente que no quedará a

medio andar en este camino de su misericordia, sino que irá hasta el último extremo, y, efectivamente, encarnándose, mandando al Verbo para hacerse hermano nuestro, llega a ser igual a nosotros.

Un amor en Cristo

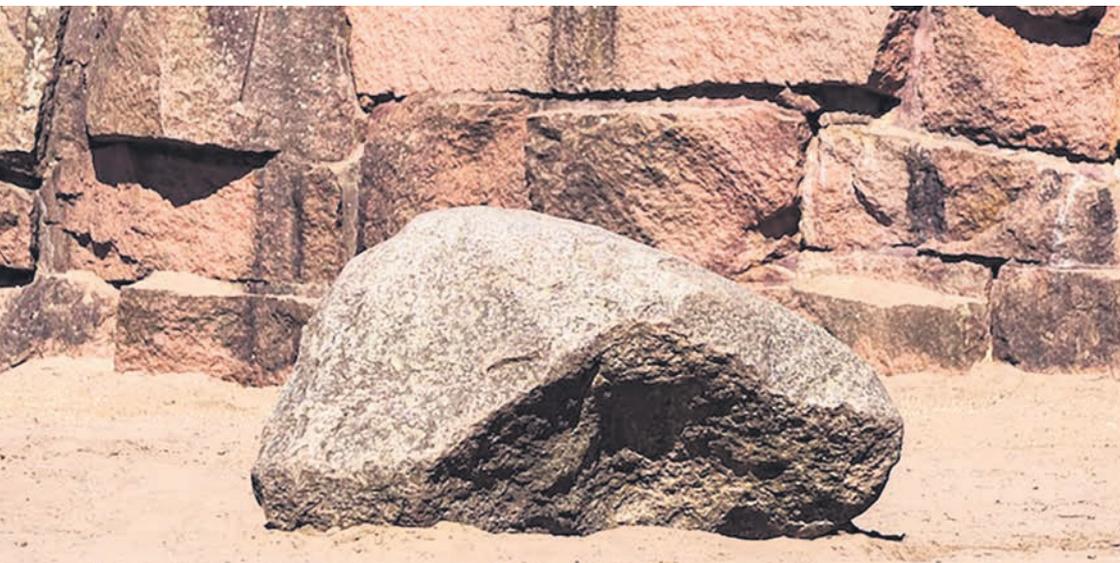
Pero al mismo tiempo que en el Verbo se rebaja hasta nosotros, a nosotros nos eleva hasta sí en la humanidad del Verbo; así que en Jesucristo nos ama Él infinitamente, y nosotros podemos también amarle infinitamente en Jesucristo y por sus merecimientos. Y Amándole, necesariamente le servimos, porque no podemos amarle sin antes conocerle, y este conocimiento nos pone en la necesidad de servirle, porque nos lo muestra como Dios, señor y dueño; y, en cuanto a nosotros, nos coloca en nuestra condición de criaturas, que le deben tanto cuanto son y tienen.

De manera que la necesidad de servir a Dios nace, como el efecto de su causa natural, del conocimiento de lo que Dios es y de la gracia de amar que nos concede.

Mas ¿cómo podremos servir a Dios según merece y qué motivos deberán animarnos para bien servirle?

Un deber de justicia

Primeramente, un deber de justicia



“En esta firme roca debemos fundar nuestra santidad;
sea el cimiento de nuestra vida la observancia exacta y rigurosa
de la ley positiva y de la ley de justicia”.

nos obliga a cumplir cuanto nos pide la ley positiva, que debe anteponerse a cualquiera voluntad particular.

De suerte que lo primero es la ley de Dios, el Decálogo; luego vienen las leyes de la Iglesia, todas sus leyes; y por último las leyes de nuestro estado: así lo tiene expresamente ordenado la divina voluntad.

Son leyes que deben sobreponerse a todos los deberes de supererogación que nosotros mismos nos hayamos impuesto.

¡Cuántos fieles hay, desgraciadamente, que, so pretexto de hacer más que lo prescrito, no hacen en realidad de verdad otra cosa que violar la ley! ¡Cuántos pecados contra la mera ley de justicia!

En esta firme roca debemos fundar nuestra santidad; sea el cimiento de nuestra vida la observancia exacta y

rigurosa de la ley positiva y de la ley de justicia.

El Señor, en su misericordia, ha prometido una recompensa a los que cumplen con la justicia, aun cuando, por ser quien es, tenga derecho a que se le sirva sin retribución alguna; por querer multiplicar las formas de su amor, nos lo infunde para que podamos merecer, y lo corona Él mismo por las obras que Él mismo ha hecho.

Ya que hemos sido amados y prevenidos de esta manera, ¿no será razón que hagamos por Dios lo que haríamos por los hombres? Si no lo he hecho, soy un miserable, pues he preferido el demonio, la vanidad, al servicio de Dios. Puede ser que lo hicieran sin darse cuenta; pero es una excusa digna de lástima, porque, ¿por ventura puede dar la ignorancia derecho para insultar a Dios?



Servicio que eleva

Servir a Dios no sólo por el beneficio que esto da a nuestra alma sino por puro amor.

Debemos servir a Dios porque en ello va nuestro interés porque toda nuestra ganancia estriba en este servicio y porque la recompensa será magnífica.

Servicio por interés

También aquí resplandece la bondad de Dios. Bien hubiera podido exigir a su criatura un servicio absoluto que no diese derecho a ninguna recompensa. Pero no: prefiere que su mismo servicio nos sea útil, y que, sirviéndole, trabajemos en nuestro propio provecho que en utilidad suya. Efectivamente, sus leyes, al mismo tiempo que son preceptos que deben cumplirse, nos dan auxilios sobrenaturales, nos elevan y suplen nuestra natural indigencia. ¡Nos hace felices en este mundo y en el otro!; acá nos ponen en orden, en paz y en la felicidad que dimana de la paz, en los bienes espirituales, que aún aquí florecen, y después nos dan la divina bienaventuranza que nunca tendrá término.

Es cierto que el servicio que Dios nos pide nos aprovecha más a nosotros que a Él. Y con ser esto así, ¡ni siquiera por

“Se corre para conseguir un beneficio, dice el libro la Imitación de Cristo, y ni siquiera se intenta levantar un pie para alcanzar el reino de Dios. ¡Oh ceguera de la ingratitud!”.



interés se le sirve! ¡Se quiere a todo trance poder abusar de la propia libertad! ¡Se menosprecian las magníficas promesas de Dios! Se corre para conseguir un beneficio, dice el libro la Imitación de Cristo, y ni siquiera se intenta levantar un pie para alcanzar el reino de Dios. ¡Oh ceguera de la ingratitud!

Servir por amor

Pero hay que servir a Dios por amor. Servirle por interés es bueno, pero dista mucho de la perfección. Ya que Dios es Padre, sirvámosle como hijos, con amor que no calcula ni espera cosa alguna, sino que se da por necesidad del corazón, para pagar amor con amor.

¿Acaso piden sueldo los hijos por los servicios que prestan a sus padres? El amor filial no quiere más recom-



pensa que la de poder amar y sacrificarse por puro agradecimiento.

Una vez en la guerra de Crimea vi que se me acercaba un soldado con el deseo de recibir el Sacramento de la Penitencia antes de embarcarse. Era un soldado voluntario que se vendió a sí mismo para poder sostener a su Padre y madre, ya viejos. Y le parecía la cosa más natural del mundo; tanto, que me dijo que con ello no hacía más que cumplir con su deber y que iba completamente tranquilo.

Ahí tenemos el ejemplo de lo que puede un amor filial; ahí tenemos lo que pueden obtener padres humanos. ¿No vamos a hacer tanto por Dios? Él, Padre absolutamente bueno, ¿no logrará excitar en nosotros un amor filial, generoso y desinteresado? ¿Qué vergüenza para nosotros!

Todo por su amor

Acaso digamos que lo hemos dejado todo por su amor. Bien está; pero miremos bien antes si de verdad lo hemos dejado todo perfectamente.

Sirvamos, pues, a Dios, puesto que lo exige la justicia; reparemos lo pasado, y cuanto más le hayamos ofendido, tanto más rigurosamente deberemos observar sus leyes en adelante.

Siryémosle por interés, para hacer por Él por lo menos tanto como hemos hecho por nosotros.

Mas sirvémosle sobre todo por amor, como se sirve a un padre, a un amigo, como debe servirse a nuestro Salvador, para pagarle siquiera con un poco de amor lo muchísimo que nos ha amado y aun nos ama diariamente.

Receptores de grandes favores

El inmenso regalo que la misericordia hace con la vocación religiosa. Guiados y sostenidos por la adoración.

¡Feliz el religioso que puede ocuparse tan sólo de su salvación, concentrando sobre este capitalísimo negocio todos sus esfuerzos y gracias! El sacerdote secular dista mucho de tener iguales facilidades; antes es para los demás que para sí; es un ministro de Dios para con las almas, un intermediario. La vida religiosa es, por consiguiente, una gracia de seguridad y de misericordia.

Una gracia de misericordia

Es, en efecto, la mayor gracia de la misericordia. Al ver nuestro Señor una pobre alma, débil y cercada de enemigos, que no ha de acertar a defenderse, sucumbiendo infaliblemente, la llama a la vida religiosa y la encierra en esta ciudadela en que evitará los grandes combates que se libran en campo raso; una vez abraza la vida religiosa, la rodea de gracias, luces, experiencias y medios que la conduzcan a la salvación. La vida religiosa es puro favor, un privilegio que la bondad de Dios concede a un alma. Si desean comprenderlo, examínense bien a ustedes mismos. ¡Ah! Si alguna vez bebieron la mundanal ponzoña; si fueron tomados en los lazos de la vanidad y del pecado; si, en resumen, hubieron experimentado su flaqueza y pesado en la balanza de

sus obras lo que podían, conocerían cuán grande es la gracia que trae la vida religiosa. No se piensa mucho en este aspecto de la vocación, a saber, que es una señal de privilegiado amor por parte de Jesucristo.

Es corto el camino

Por eso es necesario que el que fuese religioso se aficione a su vocación y se aferre a ella como a la única tabla de salvación. ¡Cuántas probabilidades de perderse tiene el que se aparta de la vida religiosa que había abrazado! ¡Qué temeridad no supone salir de esta fortaleza para exponerse a los peligros de que nos sacara la previsora bondad de Dios, porque se nos hacía imposible arrostrarlos! De la celda al cielo, es corto el camino; ¡no lo abandonemos! Miremos, que se trata de un favor.

Deuda con la misericordia

A veces se imagina uno haber hecho un acto muy meritorio al entrar en religión [como religioso], y está a punto de creer que ha llevado a cabo algo heroico: ¡Cuán lejos de la verdad está quien tal piensa! Lo que hay es deuda para con la divina misericordia; la vida religiosa es para nosotros pura ganancia, pues recibimos cien veces más de lo que hemos dado.



“...Si alguna vez [experimentaron] su flaqueza y [pesaron] en la balanza de sus obras lo que podían, conocerían cuán grande es la gracia que trae la vida religiosa”.

Somos los servidos

Para nosotros es la ganancia, nosotros somos los servidos y no los que servimos. El instituto de un religioso, el superior, los demás miembros, sus gracias, sus virtudes, santidad y experiencia, la voluntad de Dios respecto a él, todo eso, se ofrece y de todo puede echar mano como de propiedad suya. ¡Oh! Desventurado aquel que se tuviese por algo en una congregación religiosa y creyera

que ésta le debe mucho por haber entrado en ella, constituyéndose así en fin de los servicios que ella le presta. Tengamos todos bien entendido que tan sólo favores y gracias hemos recibido y que lo que damos es nada en comparación de lo que recibimos; por lo tanto, el religioso debe amar a su instituto con amor de gratitud, proclamar muy alto que se le debe todo, y dar gracias a Dios sin cesar por la misericordia que ha tenido al llamarlo a esta vida.



Un amor singular

Apreciemos la gracia de la vida religiosa para comprender la gran exigencia de santidad que esta implica.

La vida religiosa es una gracia escogida de amor señaladísimo; una gracia extraordinaria; a sus discípulos, a los favorecidos con amor singular, a sus escogidos, dice nuestro Señor: “Ve, vende todo lo que tengas y sígueme”.

Una santidad eminente

Todos los medios con que cuenta la vida religiosa participan de la nobleza de su fin; todas sus gracias son eminentes; sólo gracias extraordinarias se reciben en ella, y todo nos convida a una santidad poco común, a una santidad eminente, por lo que resulta necesario ser santo, a menos de ser completamente infiel. No cabe término medio: todo religioso está llamado a ser un gran santo y recibe gracias proporcionadas a esta vocación sublime.

Todos los medios seguros

Además, todos los medios son allí seguros y comprobados por la experiencia; los emplearon los santos que se santificaron con sólo usarlos fielmente; el camino está trazado con toda claridad; Dios mismo o sus ángeles conducen por él y, como en el desierto, el gobierno del mismo Dios se traslada a la tierra en sus ángeles visibles. Dios nos habla por su ley, que es la regla, y por su boca, cuyas órdenes

son las de los superiores. ¡Dichoso pueblo en verdad éste cuyo conductor es Dios, en medio del cual reside, sin confiar su dirección a nadie más que a sí mismo y a sus ángeles! Quisieron los judíos tener jueces y reyes, y fue para su perdición. ¡Cuánto hubieran ganado si hubiesen permanecido bajo el régimen inmediato de Dios! De este gobierno divino se disfruta en la vida religiosa; sepamos apreciar debidamente esta gracia, que en el mundo difícilmente encontraríamos.

Ayudas de los hermanos

Además, en la vida religiosa cada cual recibe ayuda de las gracias de sus hermanos; unos a otros se llevan mutuamente, y los méritos y las fuerzas propias se centuplican con la virtud y méritos de los hermanos. ¿Parece esto poca cosa? ¡Ah! Si en el mundo se supiera lo que es la vida religiosa, por asalto tomarían los conventos y nadie quedaría en lo terrenal.

Un familiar de Cristo

Finalmente, la vida religiosa es una gracia excelente y singular con que nos honra Jesucristo. Respecto de nuestro Señor, el religioso es lo que los cardenales para el sumo pontífice: es un príncipe de sangre real, un familiar de nuestro Señor.



ADORADORES



“[En la vida religiosa] el camino está trazado con toda claridad; Dios mismo o sus ángeles conducen por él [...] como en el desierto”.

A los religiosos confía el Padre su divino Hijo con su divina madre, como en otro tiempo esta última a san Juan. En sus manos pone la salvación de las almas; sí, encarga a los religiosos de la salvación del mundo; salvar almas, ofrecerse víctimas para la salvación y vida del mundo es esencial a la gracia religiosa; Jesucristo erige a los religiosos en apóstoles y jefes de su pueblo escogido.

Debe, por lo tanto, santificarse el religioso poniéndose a ello seriamente; porque a la verdad, ¿cómo podría responder dignamente a estas palabras: “Dios me ha amado con privilegiado amor”, si no es diciendo: “Le amaré sin reserva alguna”?

Mediadores de salvación

El religioso tiene la gracia del tiempo actual; nuestro Señor, que se manifiesta en el santísimo Sacramento pa-

ra salvar al mundo, obra sobre el pueblo por mediación del religioso. Téngase bien sabido que no se restablecerá el mundo sino por los pobres religiosos, porque la mayor parte de los que figuran a la cabeza de las letras, de la ciencia y de los que descuellan por su posición social, están gangrenados por el vicio o extraviados por el racionalismo y la indiferencia; puede decirse que la fortuna no sirve más que para el vicio.

La misión del religioso

Por otra parte, el odio hacia los humildes, los que sufren sin Dios, amenaza devorarlo todo como espantoso incendio; urge extinguir ese odio, amasar nuevamente ese barro del Pueblo e infundirle el soplo de Jesucristo; es preciso llevar las pobres almas a Dios y hacer que Dios sea devuelto a ellas; y ésta es la misión del religioso.



Un “batallón de oración

Las “Monjas de rosa” con más de cien años rezando sin parar.

Desde 1915, en Filadelfia (EE.UU.), un grupo de religiosas dedica su vida a la adoración perpetua del Santísimo Sacramento. Estas monjas rosas, nacidas del carisma del santo alemán Arnold Janssen, siguen siendo un pilar espiritual que apoya con su oración la misión de la Iglesia y acompaña el sufrimiento del mundo.

“Si viene de Dios, todo irá bien y daremos gracias por la gracia divina; si el resultado es negativo, nos golpearemos el pecho para reconocer que no éramos dignos de ella”. Esta fórmula de discernimiento, sencilla pero profunda, fue el eje vital del sacerdote alemán Arnold Janssen, fundador de tres congregaciones religiosas y gran devoto del Espíritu Santo.

Nacido en 1837 y fallecido en 1909, Janssen fue ordenado sacerdote a los 24 años. Pronto comprendió, sobre todo en la oración y la adoración, que su misión era formar sacerdotes para la evangelización en tierras extranjeras. En 1875 fundó en un pequeño pueblo de los Países Bajos un seminario misionero, marcando así el nacimiento de la Sociedad del Verbo Divino, cuya fecha fundacional se celebra el 8 de septiembre.

Del carisma de este santo surgieron también las Siervas Misioneras del Espíritu Santo y las Siervas del Espíritu Santo de la Adoración Perpetua, conocidas popularmente como “Monjas rosas”. Estas últimas, pre-

sentes en Filadelfia desde 1915, adoran de forma ininterrumpida al Santísimo Sacramento.

Lejos de ser un gesto simbólico o ingenuo, su vida contemplativa es el motor espiritual que sustenta la labor misionera de la Iglesia.

“Desde su fundación en 1896, las Siervas del Espíritu Santo de la Adoración Perpetua tienen como misión sostener con su oración la perseverancia de misioneros y sacerdotes en todo el mundo”, recoge el medio “Religión en libertad”.

Su carácter es plenamente contemplativo y, allí donde establecen una comunidad, se comprometen a mantener la adoración perpetua. La actual superiora del “convento de Filadelfia, sor Mary Amatrix, explicó a la agencia *National Catholic Register* que “sabía que la oración lograría la obra más eficazmente que la sola acción. Tenía una gran devoción al Espíritu Santo”.

Hoy, este “batallón de oración” continúa su misión desde Filadelfia, con un relevo cada treinta minutos ante el Santísimo. Numerosos fieles confían a estas religiosas rosas sus intenciones, enfermedades, sufrimientos y crisis espirituales. Ellas lo presentan todo al

Las “hermanas de rosa” fueron concebidas para llegar con la oración donde la acción no podía: una multitud de gracias obtenidas con sus plegarias dan muestra de su éxito.



corazón de la Misericordia, a Jesús presente en la Eucaristía.

Su silenciosa labor sigue alimentando la fe de muchos y demuestra que la contemplación puede ser una fuerza poderosa en tiempos de confusión y de pérdida de sentido. Una estrategia espiritual al alcance de todos, incluso de quienes viven entre prisas y compromisos.

El silencio, indispensable para saciar la necesidad de amor

Uno de los aspectos que simboliza el color rosado de los hábitos es “el amor del Espíritu Santo” y por ello las religiosas han profundizado en esta materia. Así, una de sus conclusiones respecto a la crisis de los jóvenes, especialmente enfocada en la vocación, es que muchos de ellos están “hambrientos de amor”.

“A veces, cuando no puedes soportar el silencio, es porque no quieres enfrentarte a ti mismo. Ahí es cuando surgen todas tus ansiedades, malos pensamientos e inseguridades”, explica la su-



ADORADORES



El brillante hábito rosa de las “pink sisters”, como se las llama coloquialmente, es solo la fachada de una profunda vida de oración y reparación con grandes beneficios en el día a día de los fieles.

periora de Filadelfia, Mary Amatrix. En ese momento, “los jóvenes necesitan amor y no palabras. Necesitan el amor de sus padres, de los amigos, para llegar a conocer el amor de Dios”.

Los jóvenes “necesitan tiempo para darse cuenta realmente de lo que es el amor, lo que realmente es el amor verdadero”, concluye la superiora.

Incluso hay planillas colgadas dentro de la puerta principal de la capilla donde se le pide a los visi-

tantes responder tres preguntas: ¿Amas a Jesús en el santo sacramento? ¿Te has dado cuenta del poder de la oración en el santo sacramento? ¿Te está llamando Jesús a decir 'sí' a una vida de oración ante el santo sacramento?

Hasta no hace mucho hubo hasta 40 monjas viviendo en ese convento de Filadelfia. Ahora hay sólo 20, la más joven tiene 52 y la más anciana 90. (Il Timone/InfoCatólica)





Poetas y escritores
cantaron su fe y ofrecieron
sus palabras para que
nosotros podamos decirle con
ellas al Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Momento eucarístico hecho poesía

Perlitas del Sagrario

A visitarte vengo, Jesús mío,
acompañarte vengo
a tu Sagrario;
¡Oh Jesús, oh Divino Solitario!
m corazón entero yo te envío.
Al alejarme del Sagrario,
Señor, ahí te dejo mi corazón,
dame, Dios de mi vida,
tu bendición.
Ángel Santo de la Guarda
del alma que a Dios adora,
haz que venga un alma ahora
a adorar a mi Señor.
Haz Tú que venga a adorarle
haz que venga a bendecirle
haz Tú que venga a cantarle
mil y mil himnos de amor.

A la sagrada Eucaristía

Yo quisiera, Jesús mío,
adorarte cual te adoran
los serafines que moran
en la celesté Sion.
Más, ya que no puedo amarte

cual los Ángeles del Cielo,
con tan amoroso anhelo
te ofrezco mi corazón.

A Jesús sacramentado

¡Qué bien se está contigo
Señor junto al sagrario!
Que bien se está contigo,
¿por qué no vendré más?
Hace ya muchos años
que vengo a diario
y aquí te encuentro siempre
-Amor solitario-
Solo, pobre, escondido,
pensando en mí quizás!.....
Tú no me dices nada
ni yo te digo nada;
si Tú lo sabes todo
¿qué voy a decirte?
Sabes todas mis penas,
todas mis alegrías,
sabes que vengo a verte
con las manos vacías.
Y que no tengo nada
que te pueda servir.
(J. Caraul, p. carmelita)



Santo del mes: 10 de mayo, san Juan de Avila

Un gran pedagogo de la Eucaristía

Difundió entre los niños su profunda devoción y amor eucarístico.

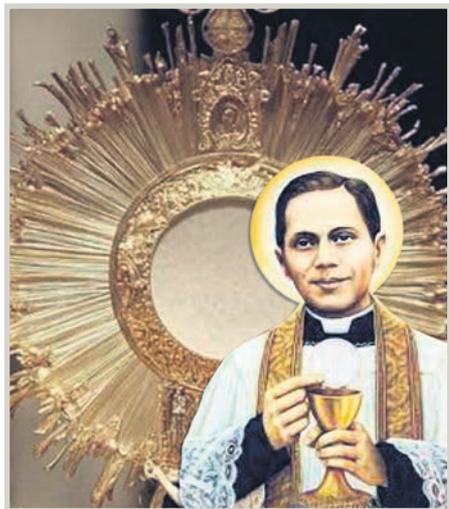
Para encontrar la fuerza que necesita, Eduardo pasa mucho tiempo delante del sagrario. A veces suspira: “¡Oh, Jesús, qué poco te aman los hombres! Por lo menos, amémonos nosotros dos”. La víspera de Todos los Santos, después de un largo día de confesiones, un amigo lo encuentra cerca del Santísimo Sacramento: “Eduardo, ¿qué hace ud. aquí? – ¡Oh! Nada, le estoy haciendo compañía a Nuestro Señor. Me encuentro demasiado cansado para hablarle, así que estoy descansando a su lado”.

Con los niños y la eucaristía

Al llegar a la parroquia, el joven sacerdote se hace cargo del círculo recre-

ativo infantil. Su meta es que los niños estén ocupados durante las vacaciones. Al final del curso escolar, pasa por el colegio de los Hermanos de la Caridad y se dirige en estos términos a los alumnos: “Ya están aquí las vacaciones; es época de divertirse, y eso está muy bien. Pero no se olviden de Nuestro Señor, porque es muy bueno y los quiere, tanto durante las vacaciones como en época de clase. ¡Demuéstrele que tienen corazón, yendo a misa de siete todos los días, y por la tarde a la bendición!... Yo comprobaré quiénes son los valientes, y para ellos habrá un premio”

El discurso es el mismo en el colegio de las Hermanas. Al día siguiente, son treinta los niños que responden a su llamada. Después, los días que siguen serán cincuenta, cien, doscientos... El padre les compensa con una corta instrucción amenizada de historias y de temas divertidos.



Un poco sobre su vida:

Originario de Bélgica, nació en 1890. Luego de ordenarse sacerdote se dedicó a propagar en toda la región de Flandes una profunda devoción cristiana y amor eucarístico. Murió en 1924 y como consecuencia de los prolongados ayunos y su ardua tarea catequística. San Juan Pablo II, lo beatificó en 1999.



A los niños no hay que predicarles un Evangelio resumido...

Luego les entrega una breve invocación que deben repetir varias veces al día. Para evitar tumultos, agrupa a los más revoltosos y los nombra responsables de mantener el orden.

Con objeto de santificar a los niños mediante la Eucaristía, se le ocurre la idea de constituir una Liga de comunión, que será “una asociación de niños que aman a Jesús y quieren santificarse apoyándose mutuamente y dando ejemplo en todo”. En las reuniones Eduardo parte de la base de que a los niños no hay que predicarles un Evangelio resumido, como hacen algunos por miedo a desanimarlos, sino el Evangelio íntegro: la perfección cristiana. Para conseguirlo, cada uno puede contar con la gracia que nos llega, sobre todo, de la Eucaristía. En junio de 1917, la Liga de comunión de los niños cuenta ya con 90 miembros. El fervor vuelve a florecer en la parroquia y Eduardo se siente repleto de alegría. Para la solemnidad del Sagrado Corazón, 21 niños de 5 y 6 años toman la primera comunión. Proceden de familias pobres, y sus madres lloran de alegría.

A finales de julio, debilitado por su incansable labor, Eduardo se encuentra extenuado. Le obligan a permanecer en reposo total durante un mes, que pasa con las Hermanas de la Caridad de la ciudad de Melle. A su regreso, recupera el ministerio ordinario, pero el párroco, preocupado por su salud, le dispensa de las reuniones de la Liga de comunión, del círculo recreativo y del catecismo. Con el corazón compungido, Eduardo obedece, pero

sin él sus obras se irán derrumbando poco a poco. Más tarde escribirá: “¡Sufrir y obedecer! ¿Está el siervo por encima de su Amo? Somos inteligentes, nos ponemos de acuerdo para concebir y organizar nuestras obras, somos previsores y tenemos iniciativa, e incluso ardemos de entusiasmo. Pero Jesús era mucho más inteligente que nosotros y más entusiasta, más previsor y más entendido que nosotros. Su entusiasmo era como un fuego devorador. Sabía ordenar su vida mucho mejor que nosotros... A pesar de ello Jesús obedece en todo a José y a María. Y la última palabra la deja en manos de la autoridad, reconociendo y enseñando el valor de la autoridad durante treinta años. El precio de la obediencia está por encima de toda evaluación cuando nos percatamos de que Jesús, que se somete a ella, es Dios. Toda su vida, su vida de niño y de joven, su misión y su muerte –y una muerte de cruz– fue un gran acto de obediencia”.